

Gabriela Bettini se sirve de aspectos autobiográficos para crear un trabajo donde recuerdos, experiencias, afectos, añoranzas, fracturas emocionales cobran cuerpo, se materializan e integran en la obra con una extraña naturalidad. Los objetos, en la forma en que Bettini los utiliza, contienen historias, se convierten en símbolos elocuentes. El texto, la introducción de fotografías, cartas o documentos, su memoria personal, han sido con frecuencia la materia física que le servía para trenzar narraciones donde aquello que contaba era tan intenso como la forma en que lo objetualizaba.

El espacio físico, geográfico, es medido por ella a través de la experiencia vital; la lejanía, el exilio, las ausencias, las desapariciones (concepto cruel donde los haya), su pertenencia a dos países (Argentina y España) son una especie de telón de fondo frente al que elabora un lenguaje que alcanza una dimensión poética y, de algún modo, terapéutica. Esa división, el hecho de sentirse o saberse de dos lugares y quizá extranjera en ambos la lleva a reflexionar sobre la idea de identificación con un lugar, un espacio, una historia que ella opta por construir a cada paso en su trabajo.

La pieza que ahora presenta es un buen ejemplo de esa construcción: una mesa, una silla, folios, sobres de cartas, objetos de escritura, todo aparece cortado por la mitad y sólo el reflejo del espejo logra esa ficción de totalidad, de plenitud. Espejismo ofrece esa parte dividida que inventa la otra mitad de su propia historia para alcanzar sentido.

Texto de Alicia Murría, comisaria de la Muestra de Arte INJUVE 2005.